

I.

Cómo fué el viaje.—Á Portugal todo el mundo.—Quiénes eran los amigos.
Un centenario.—De Lisboa á Coimbra.—Camino de Inglaterra.

Al regresar aquella tarde á su casa, recibió el catedrático de Economía política de la Universidad de Granada, D. Antonio Benalcázar, doctor en Derecho y licenciado en Filosofía y Letras, una carta de la que el solo aspecto debió llenarle de complacencia, pues viósele sonreír cuando el criado le presentó la bandeja con la carta, cuyo sobre rompió Benalcázar con aquella tranquila seguridad que en casos tales revela cualidades que de ordinario no concurren en los que se precipitan á destrozarse la carta, como si de aquella fiebre hubiera de resultar otra ventaja que la de delatar una mal dirigida impetuosidad.

La carta decía así:

«Queridísimo Antonio:

»Aplaudo tu idea, y me parece muy cuerdo que, pues

habrás terminado este año tus tareas universitarias en los primeros días del mes, celebres tu Santo, honrándole á él en su centenario.

»No hay para mí mala obra en emprender un viaje desde ésta á Lisboa, pues mayor he de hacerle en lo que resta de año, y como te explicaré despacio y de palabra, tenía de todas suertes necesidad de una caminata hasta Cádiz ó la Coruña, donde embarcará para la Habana mi hermano Miguel, que ha recibido una comisión del Gobierno para estudiar una reforma de la defensa y artillado de las costas de la Antilla mayor.

»Lo que no podía yo esperar era que me brindaras la miel sobre hojuelas, dándome la encantadora noticia de que será de la partida *Plinio el Naturalista*, el cual debe de estar tan absorto en la contemplación científica de la belleza de alguna sevillana, que no ha contestado al telegrama en que le felicité por los honores que le ha conferido la Academia de Ciencias de Berlín.

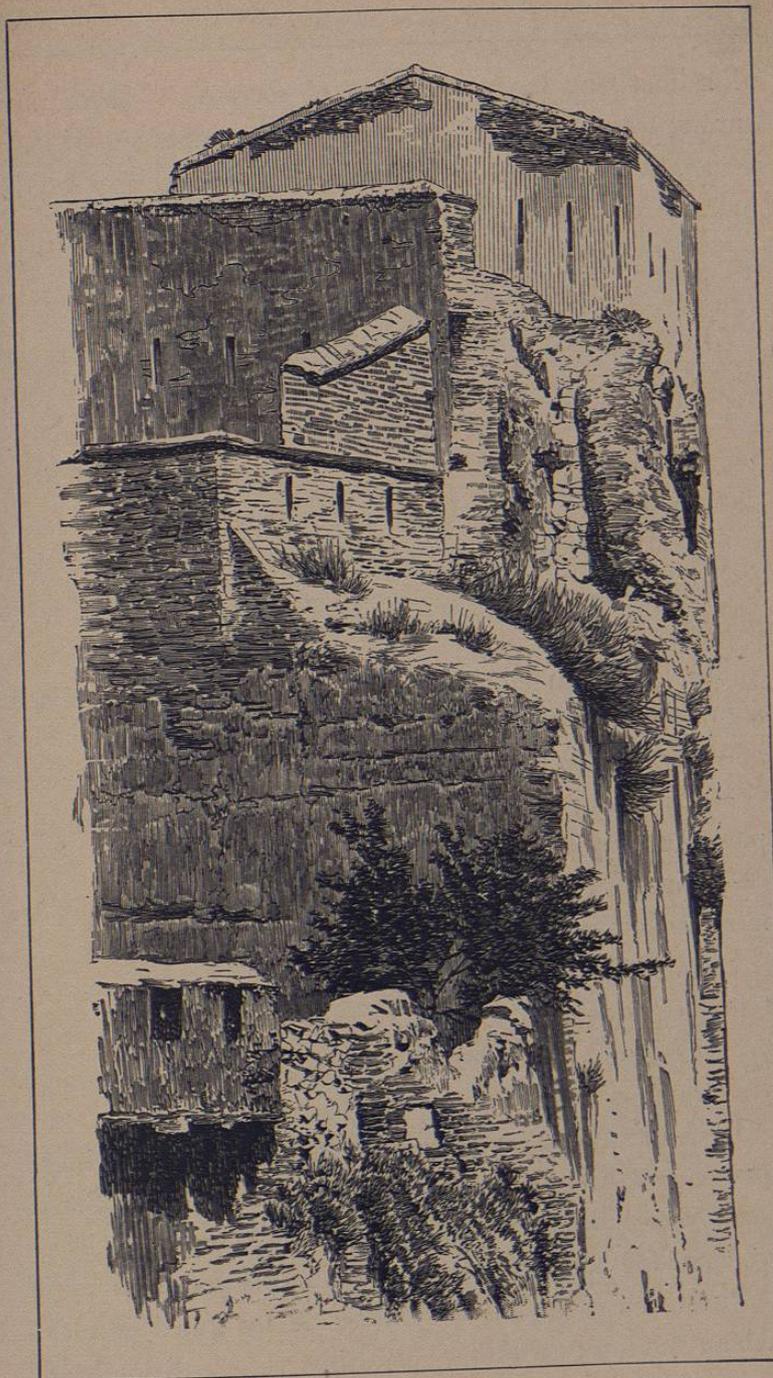
»La verdad es que *Plinio* se lo merece, y tú también eres merecedor de lo mucho que te quiere tu afectísimo,

»*Vicente Brugarolas.*

»BARCELONA, á 2 de Junio de 1895.»

Cuando Benalcázar terminó la lectura, sonrióse suavemente, y sentándose á la mesa de su despacho, escribió por vía de postdata lo siguiente:

«Por lo que va escrito en este pliego te enterarás de quién es el otro compañero de visita á la corte de Portugal. Ya ves cómo había de serte agradable su compañía.



GRANADA.—MUROS DE LA ALHAMBRA.

Perdona que haya guardado el secreto, y hasta muy pronto, que tendré el gusto de darte un abrazo.

»Esta tarde salgo de Granada, donde te escribo á 6 del corriente.

»Antonio.»

Y escribió en el sobre:

«Al Sr. D. José de Silva.

»Calle de Francos, núm. 2.

»SEVILLA.»

Tocó el botón del timbre, y entregando la carta sellada á su criado, le preguntó:

—¿Se acordó usted de hacer llevar el equipaje?

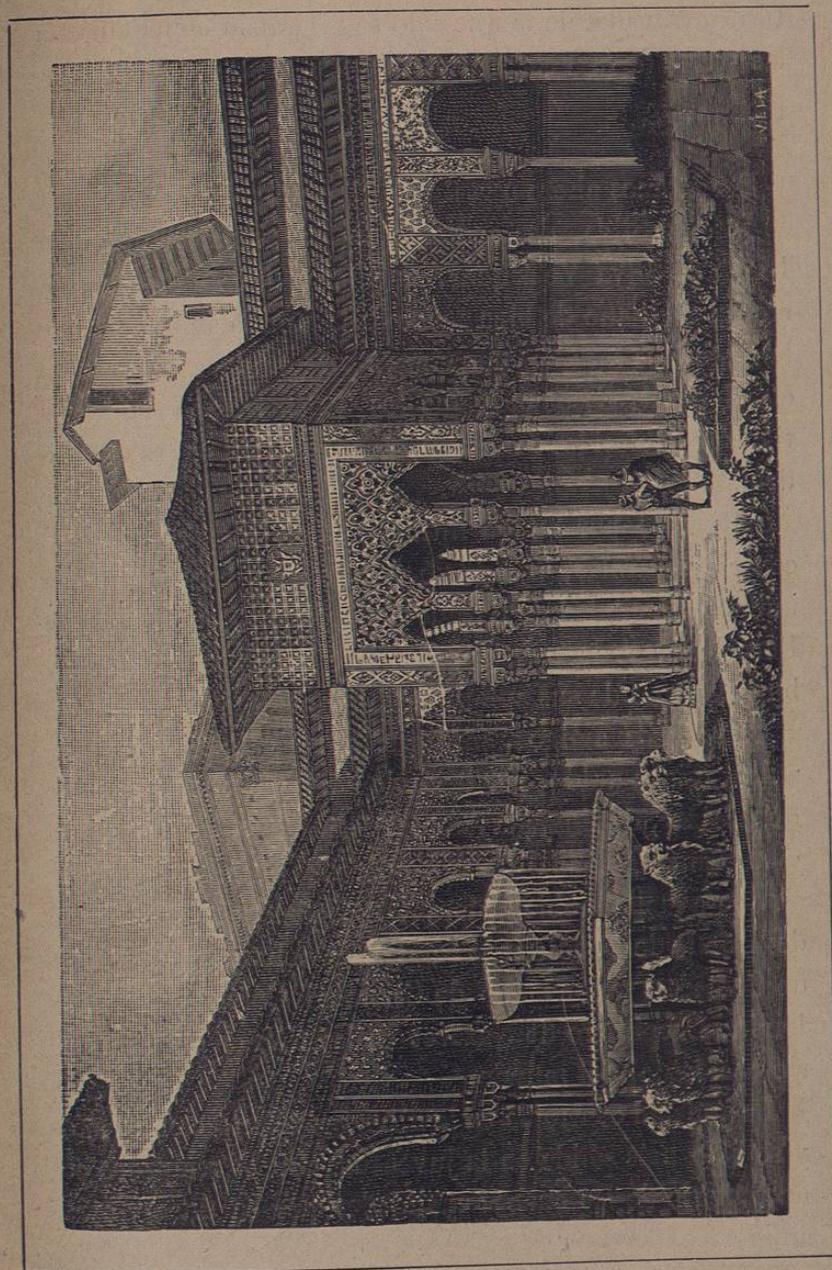
—Sí, señor; y en el gabinete azul tiene el señorito dispuesto el traje de camino.

—Bien. En tanto que me viste usted, que enganchen la *victoria* y que me dispongan un *grog* de coñac.

Salió el criado; tomó Benalcázar de un mueble una cartera bien repuesta del preciso dinero y de valores á realizar en Lisboa, y se encaminó al gabinete azul para que le vistiera su criado.

Hecho todo con exacta pulcritud y sin precipitaciones, que no conducen sino á olvidos, bebió el refresco Benalcázar, descendió á la calle, y de ella á la estación del ferrocarril fué conducido en pocos minutos por su carruaje.

Puesto en el vagón, despidióse de los que á saludarle habían acudido; saludóles por última vez con el sombrero, y partió el tren, dejando muy pronto lejos la noble é his-



GRANADA.—FATIO DE LOS LEONES EN LA ALHAMBRA.

tórica Granada, de la que sólo se divisaban en lontananza las torres de la Vela.

Permítanos ahora una ligera digresión el amable lector.

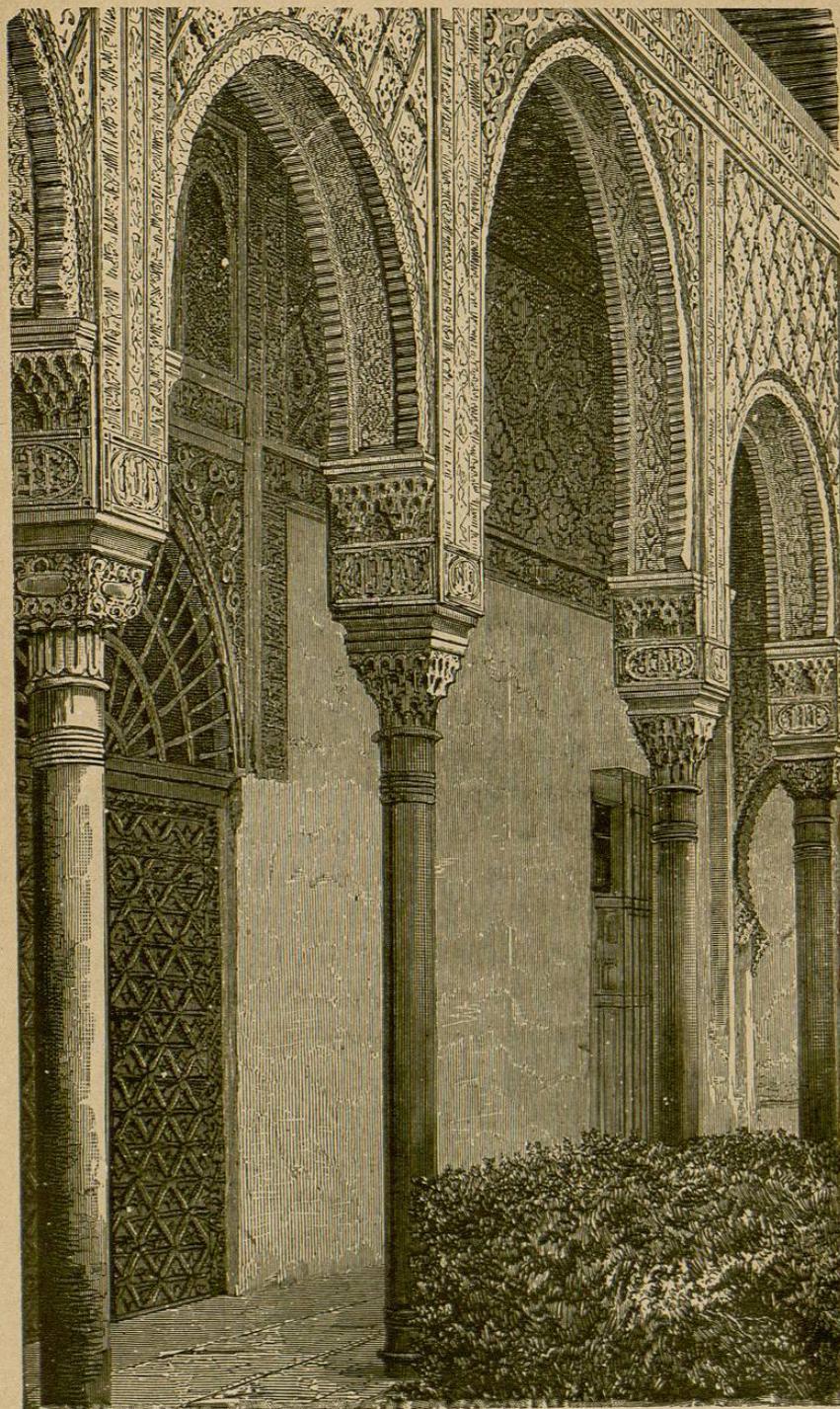
José de Silva, descendiente del famosísimo pintor don Diego de Silva Velázquez, que tanto honra á su patria, era un sevillano de bien acomodada familia andaluza, que le costeó los estudios de primera y segunda enseñanza en el colegio de Escolapios que los beneméritos calasancios tienen establecido en Jetafe, á pocos kilómetros de Madrid.

Allí tuvo por amigo íntimo y buen compañero á Vicente Brugarolas, hijo de un fabricante y banquero de la industriosa ciudad de Sabadell, florón de la provincia de Barcelona, y de toda España, por la noble actividad y buen ingenio de sus aplicados habitantes.

Con ambos amigos, más que á los restantes condiscípulos, estaba unido, por trato de hermandad, Antonio de Benalcázar, de linajuda familia, establecida en la oriental y cultísima Granada desde los últimos años del siglo xv, en que aquella noble señora D.^a Isabel puso, por mano del Conde de Tendilla, la bandera castellana en las torres de Comares, y por mano de Cristóbal Colón, la cruz del Divino Carpintero de Nazaret en las tierras del hemisferio occidental del mundo.

La amistad contraída en la niñez prevaleció con los años y se hizo más sólida en la juventud por el recíproco conocimiento de las buenas cualidades que en unos y otros amigos concurrían.

Brugarolas, que como catalán era reflexivo, laborioso, franco y de atrevidos ánimos, ejercía de hermano mayor,



GRANADA.—GALERÍA DE LOS ARRAYANES EN LA ALHAMBRA.

no por el tiempo de su edad, sino por la madurez de su juicio.

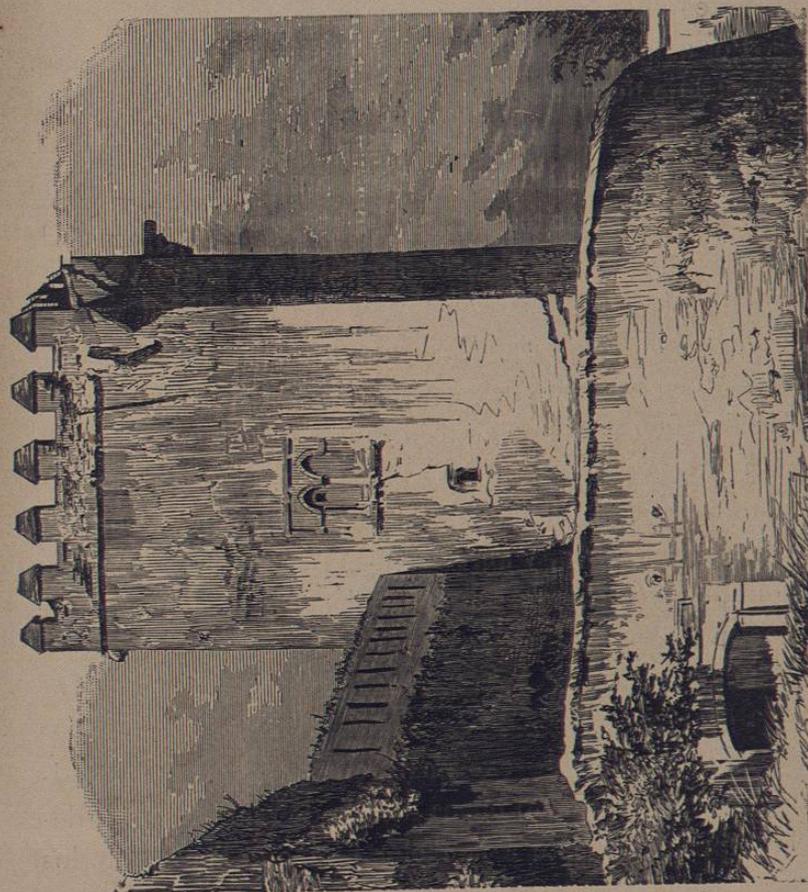
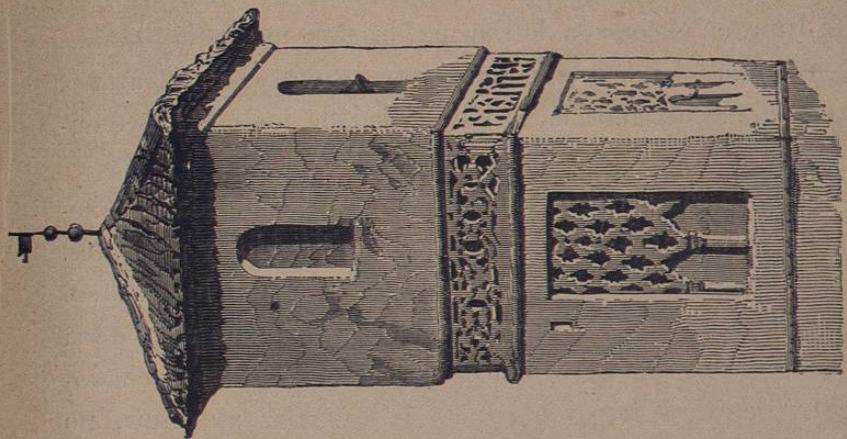
Silva, andaluz hasta el tuétano, era vivo, locuaz, ingenioso, desprendido, de imaginación poderosa y corazón sin baluartes.

Benalcázar parecía tener en el alma, como en la figura, toda la altivez mora y toda la piedad castellana: era, ante todo, un caballero, y se hubiera podido dudar de si moro ó cristiano; á no serlo tanto como es título de gloria llegar á serlo, pues no cabe en el juicio que un hombre se enorgullezca de haber nacido en tierras que den tales ó cuales frutos, ó viva contento de pertenecer á una profesión honrosa, como la medicina ó la milicia, y no se sienta ennoblecido por pertenecer á una comunión religiosa que dió la consagración de sus dogmas al libre albedrío del alma humana, y su emancipación á la mujer, elevándola de hembra necesaria al bruto, á madre y señora nuestra.

Estrechóse cada vez más el amistoso vínculo que les unía, y si bien separados por la índole y aun por el lugar de sus estudios, no se apartó un momento de ellos el dulce afecto nacido en los primeros años de la niñez.

Brugarolas, mirando á su interés y aficiones, hízose ingeniero industrial, completando su educación técnica con larga permanencia en Inglaterra, Bélgica, Suecia, Alemania y Francia.

Silva, á quien llamaban sus colegas *Plinio el Naturalista*, porque en los tiempos en que ellos cursaban Historia Universal, era, no amigo, sino enemigo jurado de toda suerte de lagartijas y alimañas, dedicóse á la medicina y á las ciencias naturales, sorprendiendo aun á los ancianos por sus estudios de botánica y de antropología, cuyas investigaciones le llevaron con fruto desde las cumbres del



GRANADA.—TORRE DE LOS PICOS Y TORRE DE SAN LORENZO EN EL ALBAICÍN.

Jura, en el corazón de Europa, hasta la meseta del Pamir, en Asia, donde se supone que se formó la familia aria, á que pertenecemos la casi totalidad de los jaféticos ó europeos.

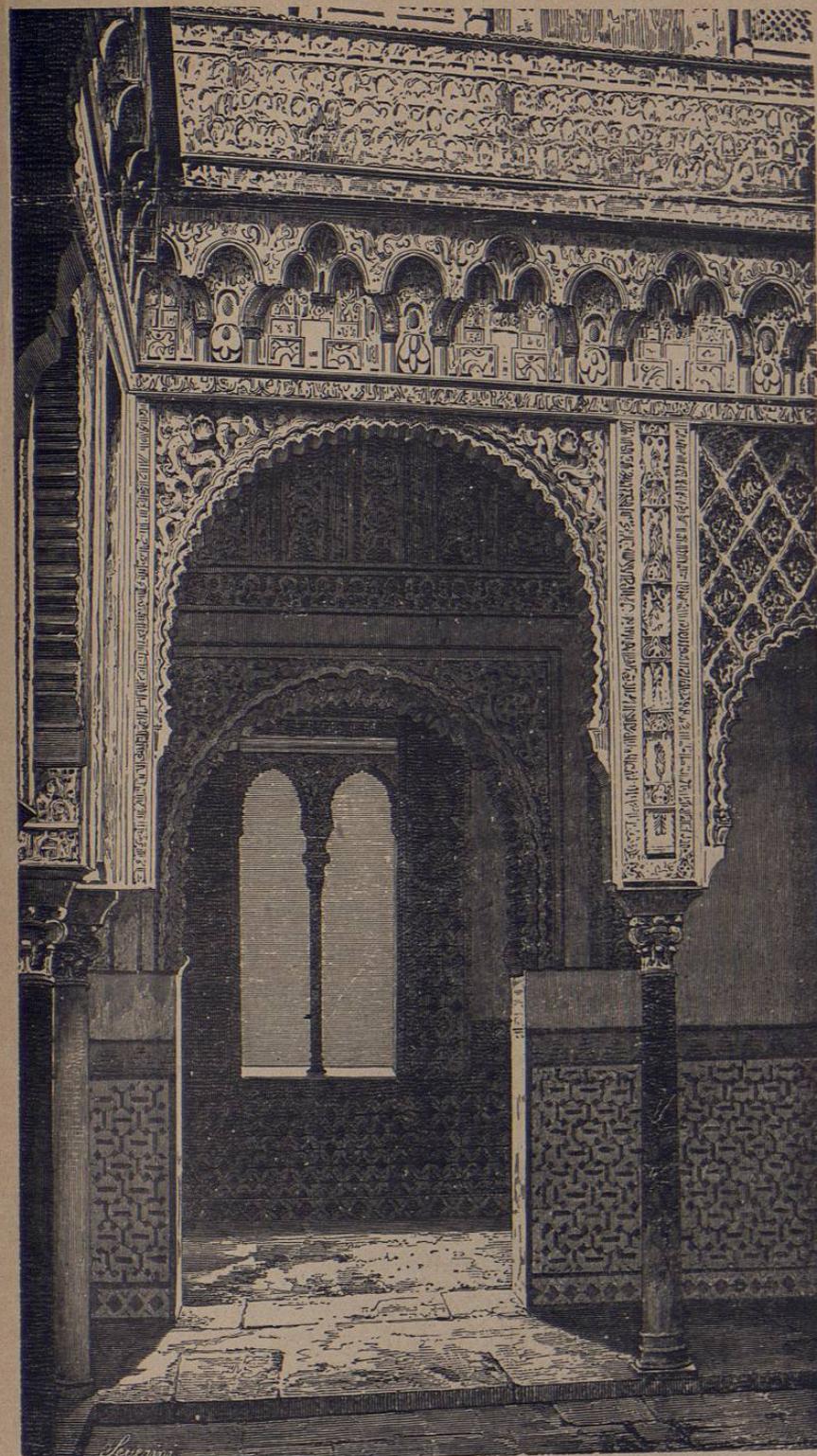
Benalcázar, como de Granada, tenia las cualidades inherentes á tantos esclarecidos varones pasados y presentes, de los que han abierto los ojos á la dorada luz del sol granadino, que se refracta en los argentados picos de la Sierra Nevada, desde cuyos vericuetos ven los acechadores de cabras la parda silueta de los Atlas africanos, no sabemos si como ilusión que se desvanece, ó como promesa cuyo cumplimiento se avecina.

Por aquellas cualidades era Benalcázar, como decimos, cabal hijo de su tierra, donde los hombres hablan como oradores, piensan como filósofos y escriben como poetas.

Las tres cualidades le encaminaron á los estudios de que va hecho mérito, y en el bufete como en la cátedra, en el libro como en el foro, dió público y grato testimonio de que los títulos ganados en la Universidad y en el Colegio boloñés de San Clemente de los Españoles, habían recaído en persona que no los alcanzaba para efímero galardón, sino para noble y continuado ejercicio.

Y explicadas ahora las calidades y circunstancias de nuestros amigos, dejemos esta digresión, suprimamos inútiles pormenores, y abreviando el tiempo, veamos lo que pensaban y decían de sobremesa del primer almuerzo que hacían juntos en Lisboa.

—Convengamōs—exclamaba en aquel instante Benalcázar—que si ha sido buena idea la de reuniros aquí, débese principalmente á la mejor idea que han tenido los



SEVILLA.—PATIO DE MUÑECAS DEL ALCÁZAR.